

VI

Los Incas en Chile

Por Grete Mostny

LOS INCAS EN CHILE

La dinastía de los Incas llegó al poder en el Cuzco y alrededores hacia el año 1200 d. C. (1); las informaciones acerca de ellos son más bien escasas hasta la época de su expansión, que empezó con el noveno Inca, Pachacuti, quien asumió el poder en 1438 y reinó hasta 1471. En el período entre 1463 hasta su muerte, este gobernante, junto con su hijo Inca Topa, quien aparentemente era tan capaz como su padre, conquistó el norte del imperio hasta Quito y Topa Inca sólo (1471-1493) lo extendió hacia el sur, hasta el río Maule. (Véase el mapa N.º 4 del trabajo de Rowe).

La conquista de Chile, que se efectuó a través de las provincias de los Lipes y Atacama, era la penúltima expedición de Topa Inca (la última en contra las tribus de la floresta oriental) y en consecuencia, tuvo lugar en la segunda mitad de su reino; los últimos años de este emperador fueron dedicados a la administración de su enorme imperio.

Aparentemente no tuvo mucha dificultad en subyugar las tribus chilenas; el valle de Copiapó se entregó pacíficamente; tampoco se sabe de batallas serias por la conquista del valle de Coquimbo o los siguientes valles de Chile hasta llegar al río Maule. Pasado el Maule empezaron las dificultades, ya que los PURUMAUCAE, aliados con sus vecinos de más al sur ofrecieron una encarnada resistencia y después de una batalla que duró cuatro días, los Incas se retiraron otra vez a la ribera norte de este río, donde fijaron la frontera sur de su imperio (Garciso, lib. 7, cap. XIX y XX).

El sucesor de Topa Inca, Huayna Capac (1493-1525) dirigió su atención nuevamente al norte del imperio, redondeando las conquistas anteriores, para morir finalmente en Quito — una muerte repentina — no sin haber oído antes de su fin noticias sobre la llegada de los Españoles.

Estos últimos, bajo Almagro, llegaron al valle de Quillota o Chile en 1536. En esta época, las guarniciones incáicas ya habían abandonado el país, debido a la guerra fratricida entre los dos Incas y la incipiente conquista española, y quedaban

(1) Este y los siguientes datos son tomados de John H. Rowe "Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest" Hdbk II, p. 183, ss. Wash. 1946

únicamente colonias de MITIMAES, que habían sido traídos por los conquistadores incáicos (1). De este modo el efectivo dominio incáico en Chile se reduce — según Latcham — a 45 a 50 años para las provincias centrales y a 65 a 75 años para el norte.

Estas colonias de MITIMAES o MITMA-KONA, formaban parte del sistema administrativo incáico, que fué implantado en las regiones anexadas a medida que estas fueron conquistadas y ayudó de gran manera a incorporarlas en el imperio. Eran grupos de familias, habitantes de provincias antiguas, que fueron trasladadas a provincias recién conquistadas. Estos nuevos colonos estaban bajo la autoridad de los oficiales de la provincia a la cual eran trasladados, pero seguían usando su propia indumentaria y costumbres. A través de ellos, el quechua como lengua oficial del imperio tuvo una gran y rápida difusión. Este traslado de gente se hizo en tal escala, que en muchas provincias quedaban al final, más colonos que habitantes autóctonos y se vencían grandes distancias en esta baraja de pueblos. Así por ejemplo, los Cañaris de Ecuador fueron trasladados entre los Yamparaes del altiplano boliviano (Rowe, loc. cit.) y los habitantes de Arequipa al valle de Aconcagua (2).

Del punto de vista administrativo, el imperio incaico estaba dividido en cuatro provincias, cada un abajo un APO o Gobernador Imperial, quien residía en el Cuzco y era un pariente cercano del Inca; su oficio no era hereditario. Debajo del APO estaban los CURACA, cuya importancia variaba según el número de hombres por los cuales eran responsables (de 10.000 a 100 tributarios). Su oficio era hereditario y en sus filas podían entrar también jefes de pueblos sometidos por los Incas (Rowe, loc. cit. p. 261). Los CURACA a su vez, nombraron funcionarios responsables de grupos de 50 y 10 tributarios.

Considerando el perfecto funcionamiento de la administración incáica, no debe causar mayor asombro la presencia de tantos restos de la civilización incáica en Chile, aunque el período de dominación efectiva ha sido corto. La compenetración de elementos autóctonos e importados del norte ha llevado a los autores más antiguos a dar demasiado importancia a la obra civilizadora de los Incas, adscribiendo a ellos hasta la introducción de la agricultura en las provincias chilenas, opinión energicamente combatida y repelida por Latcham (op. cit., p. 234 et al).

(1) R. Latcham: La Prehistoria Chilena, Stgo, 1928, p. 234, J. T. Medina. Los aborígenes de Chile, p. 330.

(2) Latcham, id. p. 236

Parece, que había dos importantes centros administrativos en Chile: uno en Coquimbo y otro en el valle de Colina, en un lugar llamado MAPUCHE (1). Además existían varios lugares fortificados (id p. 340 ss) y contaban con una extensa red de caminos, que comunicaban los puntos principales de las provincias entre sí y con la capital del Cuzco. Estos caminos se extendían hasta Talca y cerca de Colina (provincia de Santiago) se pueden observar todavía restos de uno de ellos. A lo largo de todos estos caminos se habían construido tambos, que servían a los viajeros como puntos de descanso y reaprovisionamiento.

Existía la costumbre de destacar en las provincias parientes del Inca reinante en altos puestos administrativos y dar —en algunos casos— mujeres de la casa real como esposas a curacas indígenas. Cuenta Montesinos (2) de la visita de dos jóvenes príncipes incáicos, hijos de gobernadores de Chile, a la corte del Cuzco, donde fueron recibidos por su tío el Inca (“Viracocha”) y le convencían a venir a Chile, lo que hizo efectivamente —según el autor— algún tiempo más tarde. En esta ocasión llevó consigo al Cuzco, los hijos de algunos caciques y además, “dos mil chilenos escogidos para ir a la conquista de los chachapoyas de la montaña”.

Los habitantes de las provincias chilenas estaban además bajo la obligación de rendir un tributo anual de oro, que tenía que ser entregado al Cuzco.

El testimonio de los cronistas acerca de las relaciones relativamente estrechas entre la capital del Imperio y las provincias chilenas es corroborado por los numerosos hallazgos arqueológicos, que se han hecho en el norte y centro de Chile. Objetos netamente de fabricación incáica se encuentran en las colecciones arqueológicas chilenas; muchos de ellos son ilustrados en la obra de José Toribio Medina, como por ejemplo fig. 73, una cabeza de maza en forma de estrellas, procedente de Freirina; fig. 113-115, tres figuritas de auquénidos, uno de oro laminado, una de concha y una de plata maciza, también procedentes de Freirina; las dos primeras son semejantes a las encontradas en la sepultura del niño en el cerro El Plomo; fig. 138-142, figuritas de mujeres y una de hombre; hechas de oro plata, procedentes de Freirina y de Paihueco; las figuritas de mujeres también son semejantes a la encontrada enterrada aparte en el cerro El Plomo; fig. 131, un TOPU de oro de Copiapó;

(1) J. T. Medina. Los Aborígenes de Chile. p. 339.

(2) Citado por Medina. id. p. 335-337.

fig. 134, un TUMI de bronce de San José de Maipú; fig. 182 y 183 una olla de pie de Freirina y un jarro de San José de Maipú; fig. 211, un aríbalo, encontrado en Freirina; son estos solamente algunas y los más típicos de los objetos de procedencia o forma incáica, encontrados en suelo chileno y descritos por J. T. Medina. Un completo cementerio de época incáica ha sido encontrado en La Reina, suburbio de Santiago, hace algunos años (1). Este cementerio data sin duda del final de la época precolombina, ya que la fusión de los estilos diaguita e incáico en algunas piezas de cerámica hace suponer una larga familiaridad de los artífices diaguitas con el estilo incáico o vice versa.

Infelizmente, debido al clima húmedo, han desaparecido todos los tejidos, de modo que no se pueden comparar con los del cerro El Plomo; por el otro lado, en este último yacimiento, no se han encontrado piezas de cerámica —salvo pequeños fragmentos— los cuales abundan en el cementerio de La Reina. No obstante y sin lugar a duda, pertenecen ambos yacimientos a la época incáica en Chile, con una posible diferencia máxima de 50 años.

Este intercambio del elemento humano en forma de MITIMAES o de tributo de sacrificios, mencionado más arriba, y el subsiguiente intercambio de elementos culturales, explica la presencia del niño en la cumbre del cerro El Plomo. Según su indumentaria, no es oriundo del centro del país. Puede ser entonces hijo de un CURACA, enviado a esta región por orden del Inca en su obra de pacificación o amalgamación de los elementos heterogéneos del imperio o también, puede tratarse de un niño, que había sido seleccionado para el tributo de sacrificios, llevado al Cuzco y de allí, en la redistribución, había sido destinado para la HUACA del cerro El Plomo.

También la presencia de un sólo hallazgo de esta índole (quizás dos si se supone que la antigua excavación visible en otra de las pircas había contenido una vez el cuerpo de un sacrificio) se explica con la corta duración del imperio y del culto solar en el centro de Chile. Los sacrificios humanos, como sacrificios supremos, eran relativamente escasos, porque se ofrecían solamente en contadas ocasiones y suponemos que estas ocasiones se habían presentado sólo unas pocas veces, quizás una sola vez.

(1) Mostny: Un cementerio Incáico en Chile Central. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, tom. XXIII, Stgo.